

# JOSE M.<sup>A</sup> COLOMER Y CORS

Publicamos estas notas biográficas, escritas hace poco más de un siglo por D. José Giró y Torá, que se hallan entre sus manuscritos en la Biblioteca Episcopal. El autor, publicista, gran amigo de Balme, que había regido la alcaldía de la ciudad y que se había dedicado especialmente a la enseñanza, evoca unos tiempos de importancia histórica en los que destaca la enérgica actuación del obispo Veyán y Mola, a la par que traza la semejanza de un eclesiástico en cuyo apellido termina el nombre de dos celebrados artistas vicenses del siglo XVIII.

D. José María de la Concepción Colomer y Cors, nació en la ciudad de Vich, en Cataluña, el día 8 de diciembre de 1782. Sus padres fueron D. Mariano Colomer y Parés, distinguido artista, y D.<sup>a</sup> María Felipa Cors y Carbonell. Su abuelo fue pintor de mérito y daba a sus cuadros una suavidad agradable. Su padre fue también pintor y llegó a una edad muy provechosa. Quedan de él muchos cuadros al óleo y pintura de todo género. El Episcopologio o Galería de Retratos que adorna el magnífico salón sinodal del Palacio de nuestros obispos bastaría para fijar una reputación artística envidiable. La facilidad, el genio y la valentía caracterizan las obras de D. Mariano Colomer, cuyo trabajo mezquinamente pagado debía multiplicar para mantener a su familia numerosa. Así la honradez y entronque con alguna familia noble y antigua fueron los títulos de linaje de D. José M.<sup>a</sup> Colomer.

Hizo sus estudios en Vich, su patria, y cñiendo la Mitra de la Diócesis el Ilmo. Sr. D. Francisco Veyán y Mola, entró de familiar de ese distinguido e inmortel prelado junto con otros adolescentes de muchas esperanzas.

Cursó las facultades de filosofía y teología en nuestro Seminario, mereciendo defender conclusiones públicas junto con otros cinco condiscípulos, los más distinguidos por su mérito.

Concluidos los estudios, recibióse de Doctor en la facultad de teología, cuyo grado le confirió el claustro de la Universidad de Cervera con plena certificación del tribunal de exámenes, en el día 1.<sup>o</sup> de noviembre del año 1806.

En 1808 recibió las órdenes sagradas de Presbítero, y en 18 de diciembre de 1809, por sus méritos y relevantes prendas, fue nombrado Rector cura párroco de Santa María de Folgueroles, distante una legua de Vich.

Corriendo los días hermosos de su vida, estalló la revolución francesa que regó de sangre la Francia y conmovió al mundo. Levantóse sobre aquel caos Napoleón I que invadió después la España insidiosamente. Vich, centro militar de mucha consecuencia, debía ser ocupado, y la alarma y el horror se apoderaron del ánimo de sus moradores. El espíritu patrio y un heroísmo llevado a la exaltación y el frenesí se encumbraron disponiéndose todos a los más extremos sacrificios para hacer frente al coloso del siglo.

El Ilmo. Veyán, que era un apóstol y un gran político, trató de contener y atenuar las consecuencias peligrosas de una situación comprometida; y en una sesión

pública que se celebró en las Casas Consistoriales, trató de atenuar la exaltación sin disminuir el espíritu patrio. Como buen padre, trató de disuadir a sus ovejas la idea de abandonar en masa la ciudad, pintándoles los horrores que debería traer una resolución extrema e impolítica. Les pintó la ruina y el incendio de los hogares, el saqueo, la pérdida de los bienes y de los documentos públicos, el desamparo, las epidemias y una ruina cierta y sin reparaciones. Pero por más que se esforzó ese insigne prelado, no hubo trato. La ciudad quedó desierta al acercarse el general francés Saint-Cir que la ocupó, en el 8 de abril de 1809, como un vasto cementerio.

Solo quedó en la ciudad el insigne y a todos títulos heroico prelado. Quedó para hacer grandes pruebas de carácter. Recibió como español a las tropas francesas y les hizo frente con la elevación e inflexibilidad de su temple, y los generales franceses que no pudieron recabar de él una bajeza se vieron forzados a respetarle. Así una grande alma salvó a la ciudad de las llamas y así se salvaron los documentos públicos. El pastor guardó el redil para evitar a las ovejas que fueran presas de la peste, y de todos los males, y las consoló con sus omnímodos recursos para que no perecieran todas.

Es estas circunstancias el Dr. Colomer estuvo siempre al lado de su antiguo amo y protector participando de sus días de prueba y desempeñando misiones delicadas.

La corte del Ilmo. Veyán reunía las grandes capacidades de su tiempo; el célebre jesuita P. Gallissá, el talento más grande de la época, los Vernils y otros talentos e ingenios. A la sombra del insigne prelado levantábase la Catedral que consagró en 1803. Engrandeciósse el Seminario donde se sentó Balmes y tantos eminentes varones; erigiósse la Casa de Expósitos; el P. Callissá colocaba su escogida Biblioteca que había traído de Ferrara; las artes patrias elevábanse en su apogeo y se perpetuaban en imperecederos monumentos. ¡Qué conjunto de circunstancias para formar grandes caracteres!

Estas escenas grandes presenció el Dr. Colomer y en estas fuentes bebió, y de este modo se formó su temple noble, generoso, afable, prudente, desprendido, obsecuente y amigo de todo lo grande.

Pacificada la Europa residió en Folgueroles, su parroquia, pero la paz fue poco duradera. Veyán y Mola falleció en el año 1815, y luego se sucedieron los hundimientos del año 1820 y la guerra civil, viéndose el Dr. Colomer perseguido y obligado a retirarse de Folgueroles. Privado de los recursos y obligaciones de su ministerio, la autoridad eclesiástica de Vich le confirió la cura de almas de Trinitarios, una de las parroquias intra-muros que se había erigido.

Cambiada la forma política de España con la caída de la constitución política, vinieron días de prueba y de dolor para nuestro paisano; quince años de persecución y de tribulación amargaron los días más preciosos de su existencia, privado de su curato, falto de medios y careciendo de recursos puso la escasez para sustentar a su anciano padre que murió a los 88 años de su edad, recibiendo de su hijo los últimos auxilios. La caridad ajena debió costear los funerales del laborioso y dolorido artista.

Durante la guerra de los Siete años el Ilmo. Sr. D. Pedro Martínez de San Martín, obispo de Barcelona, haciendo justicia a sus prendas, le confió el economato de la cura de almas de San Pablo del Campo, y sucesivamente los economatos de Santa Coloma de Gramanet y de San Felí de Alella, restableciendo la paz en todas partes y el espíritu religioso decaído por la licencia de la secularización.

En aquella época el púlpito sagrado necesitaba ardientes apóstoles; libelos y libros infectos circulaban en las manos de la inexperta y ardorosa juventud. Entonces el Dr. Colomer pronunció en la cátedra de la Catedral de Barcelona sus más célebres e inspirados discursos sobre los puntos más controvertidos del dogma, quedando impresas varias de estas piezas oratorias, entre las cuales recordamos un sermón acerca la Inmaculada Concepción de María Santísima su Patrona, y otro acerca el dogma sacramental de la confesión auricular, que respira una erudición profunda. Calmados aquellos días de agitación que tantas víctimas de sangre han dejado, la autoridad eclesiástica de Vich le restableció en su antigua parroquia de Santa María de Folgueroles donde era idolatrado de los feligreses a cuyo bien se consagraba, y allá era consultado de puntos muy lejanos, dirigiendo las conciencias de familias que acudían a él de remotos puntos del Principado.

El Ilmo. D. Luciano Casadevall nombróle por vía de rigurosa oposición Domingo Mayor, cura párroco de la ciudad, siendo ya el cura párroco más antiguo de la diócesis. Alcanzó este destino laborioso cuando su edad y padecimientos requerían el descanso. No obstante el ardor de su caridad evangélica le dió una salud y actividad que no conocieron límites. Las autoridades de Vich le nombraron miembro de todas las instituciones de beneficencia y de Instrucción Primaria. Los establecimientos del infortunio y la infancia vieron en él un padre infatigable.

En el año 1854, el cólera morbo asiático diezmoó horrorosamente esta ciudad y comarca. Los ánimos más fuertes se desalentaron, las familias fueron desconcertadas por la guadaña y la orfandad creció. Entonces ese venerable y anciano sacerdote se elevó a lo culminante de su celo ardiente. Día y noche recorría las casas de los enfermos y desvalidos y cada día asistía a la puerta de vecindad para enterarse de las calamidades más prementes y socorrerlas. Ejemplo de la fortaleza, no descuidaba ni sosegaba sino entre los desgraciados a quienes prodigaba consuelos y caritativas limosnas.

Pero cuando estaba conmovido, cuando sus ojos se llenaban de ternura y cariño era entre los alumnos y alumnas de las enseñanzas de instrucción primaria. ¡Qué cuidados y qué solitudes, qué máximas, consejos y amonestaciones! La enseñanza de la niñez era su objeto predilecto porqué en ella verdaderamente se radican todas las esperanzas del individuo, de la familia, de la ciudad y del estado.

Nosotros hemos presenciado estas escenas; los ruegos de este venerable sacerdote; nosotros le hemos visto y oído en las fervorosas pláticas que desde el púlpito sagrado dirigía a nuestros alumnos que no olvidarán su memoria. Nosotros le hemos visto distribuir el pan eucarístico a esos tiernos creyentes en cuya escena y actos sublimes, la grey y el pastor hemos derramado tiernas lágrimas.

¡Qué se puede escribir de su trato en todos los negocios que tenía confiados, de su prudencia y de sus buenos sacrificios en bien de la Iglesia y de sus semejan-

tes, de su mucha predicación, de su solicitud en oír las confesiones, de las sumas que invertía para la majestad del culto en las iglesias pobres! ¡Qué se puede decir de las asistencias y limosnas que sin conocer límites daba a los pobres, a los asilos de caridad y a los infortunados presos de nuestras lóbregas y terroríficas cárceles! Son rasgos y sentimientos de virtud que no caben en un artículo

Sacerdote de caridad, celoso de la casa de Dios, y ciudadano ilustre, valeroso en las calamidades y contratiempos, adicto a las autoridades y respetuoso a las instituciones políticas, concibió la independencia de su carácter y su credo con la obediencia y acatamiento al trono reinante al cual predicaba la obediencia y respeto. Dotado de todas las prendas mereció el general aprecio.

Conociendo los desvíos de los tiempos enseñó la moral con su ejemplo y la imbuyó con su elocuencia.

Provecto en años, guardaba todavía todas las disposiciones características y de una salud privilegiada. Cuando de repente entró en una melancolía profunda, ciertos disgustos acaecidos en su patria afectaron la salud del pastor. Vivía lánguido de tres meses a la parte y en un estado de falsa convalecencia y no cejaba en su trabajo que había siempre llevado como carga ligera. Eran las diez menos cuarto de la mañana del día 5 del presente junio, año 1859, y los alumnos de la clase de música, que como todos le idolatraban, le hicieron una visita con sus uniformes escolares y los recibió con la alegría y ternura con que acostumbraba recibir los obsequios de la tierna infancia, cuando a la una de la tarde las grandes campanas de la torre de la Catedral anunciaron la muerte del anciano venerable, del sacerdote ejemplar, adorno de nuestra patria, acaecida a los 77 años de edad.

Breve es la existencia, pero de grandes pruebas. El hacerse un lugar en las conciencias es obra de la virtud. El que criado en andas de la tribulación y de la caridad hallaría abiertas las puertas del cielo. Vich experimenta un sentimiento profundo y la inocencia llora la muerte del que protegió y lega a la posteridad su memoria.

El finado no tiene títulos de fama, ni le distinguieron consideraciones patrias, no perteneció a los elevados gremios de su clase, no fue escritor de grandes volúmenes. Su vida y su muerte fueron modestas, pero no se manchó por las glorias humanas y pasó el estadio del valle de lágrimas sembrando bien.

Se apaga el teñido fúnebre de las campanas del templo, de las escuelas, entorno a un altar enlutado de propiciación. Las autoridades de Vich rodeadas de los alumnos de las escuelas dirigen sus preces al cielo. Con cara infantil entonan el requiem y con el mayor recogimiento lloran a su protector. Salimos conmovidos del templo y consagramos este artículo a la virtud modesta.

JOSÉ GIRÓ Y TORÁ.